

Arte boliviano: imágenes de 1968

En esta sección proponemos un acercamiento a las investigaciones estéticas de los artistas de la época, a partir de las imágenes de obras de arte realizadas en 1968 que se encuentran en las colecciones del Museo Nacional de Arte y el Salón Pedro Domingo Murillo; además de publicaciones de artistas e información complementaria recopilada en el CEDOAL (Centro de Documentación en Artes y Literaturas Latinoamericanas).

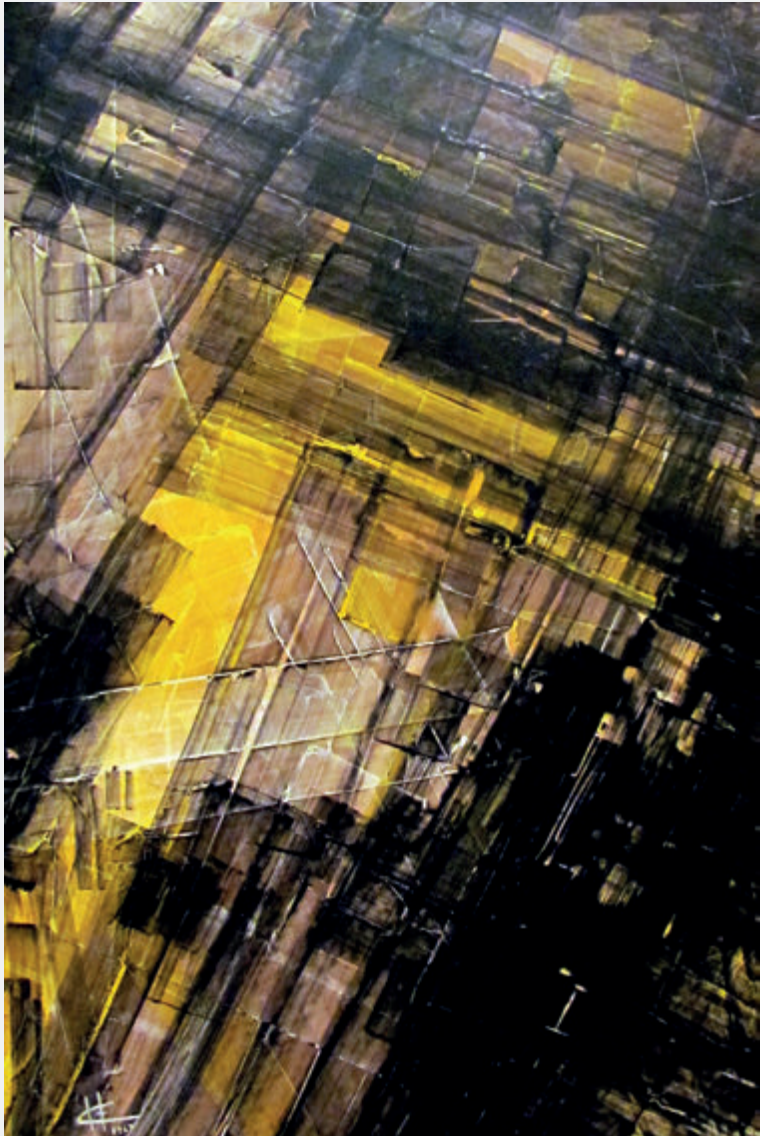
¿Qué nos dicen las obras de la época?

El Salón Pedro Domingo Murillo, el evento artístico más importante de esos años (a nivel nacional) otorgó, en 1968, el Gran Premio a una pintura abstracta, señalando, de esa forma el interés de artistas y críticos por las investigaciones del arte Op o cinético, una de las tendencias a nivel internacional más relevantes de la década. A diferencia de años anteriores, en las obras abstractas de 1968 que incluimos en esta sección se aprecia un interés por los avances tecnológicos y la ciencia.

Al mismo tiempo, como en años anteriores, los dramáticos sucesos históricos y políticos de la época conmueven a los artistas quienes manifiestan su desasosiego en representaciones de gran carga expresiva. Son importantes temas de inspiración, desde la denuncia, sobre todo la captura y muerte del Che y la Guerra en Vietnam.

En las pinturas de 1968 de algunos de artistas que ya cuentan con reconocimiento profesional, se evidencia la conjunción de una estética propia o estilo (con la que en muchos casos se asociaría su obra en la posteridad) afianzada en elementos de la cosmovisión y el paisaje andinos.

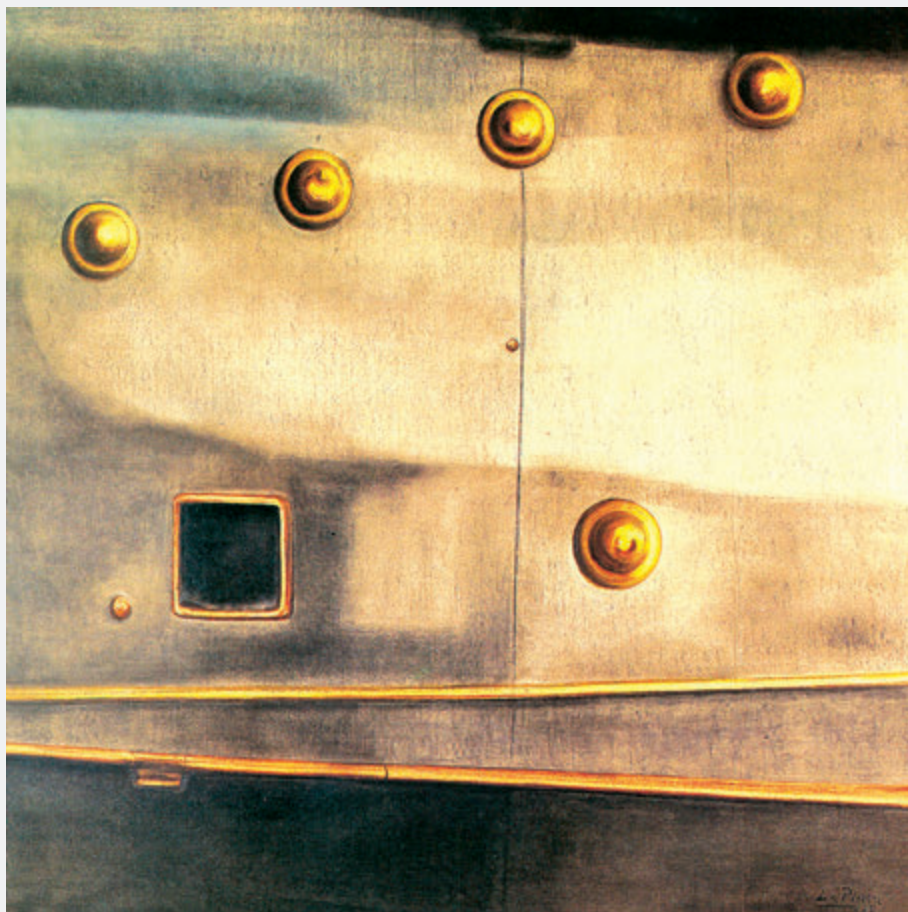
Con esta propuesta esperamos despertar la curiosidad e imaginación del lector, en el entendido de que no se trata de una recopilación completa y que este breve panorama debe completarse con las obras de importantes protagonistas de la época como Miguel Alandía Pantoja, el pintor oficial de la Revolución Nacional, y otros artistas que ya contaban con gran reconocimiento, como Marina Núñez del Prado, Óscar Pantoja, Enrique Arnal, Agnes Ovando, Inés Córdova, Gustavo Lara y Ted Carrasco, para mencionar a algunos de los más destacados.



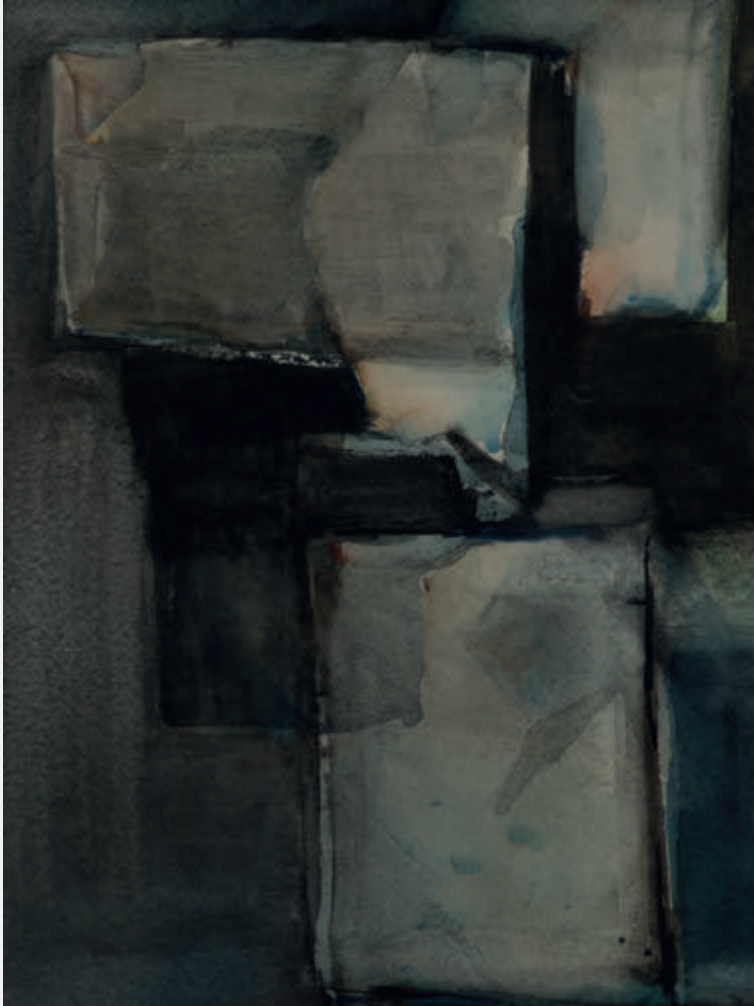
En *Estructuras* de Herminio Forno (La Paz, 1927), Gran Premio del Salón Pedro Domingo Murillo de 1968, es evidente su afinidad con el arte cinético, muy en boga en esos años. En esta pintura se manifiesta, sin embargo, un interés no solo en el movimiento sino en la estructura mínima de la materia. Este tema, que se convertirá en leitmotiv de su obra, es logrado a partir de la experimentación con piroxilina y tinta china. El reconocimiento del premio le valdrá una invitación a presentar una exposición individual en el Salón Municipal y en el Museo Nacional de Arte, en 1969, y su participación en la representación boliviana de la Bienal de São Paulo del mismo año.



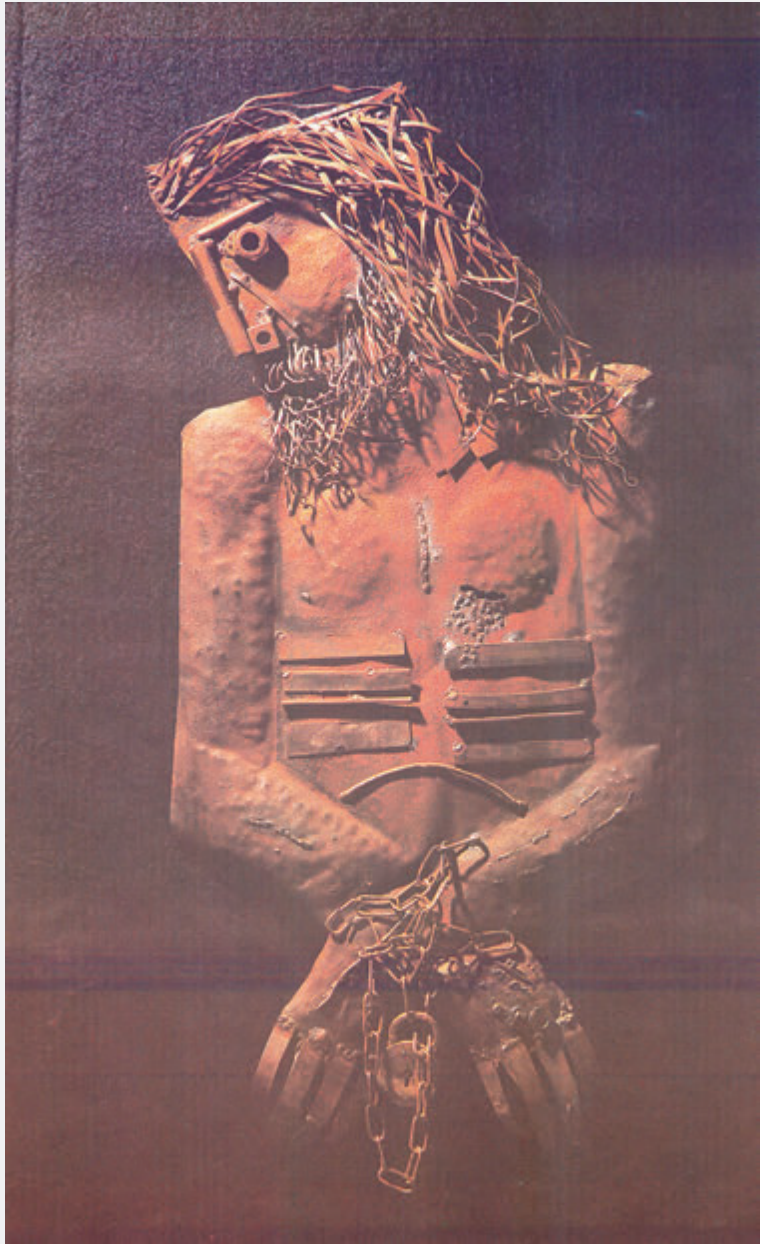
En *Interplanetary Journey: Subconscious of the Unconscious*, de Alfredo Da Silva (Potosí, 1935), de la colección del Museo Nacional de Arte, se materializa la búsqueda del artista por lograr efectos visuales, propios del arte Op, a partir de materiales extra pictóricos (como el yeso) con los que crea relieves en el lienzo con el objeto de acentuar la ilusión de tridimensionalidad de la composición. En obras de fines de los años sesenta de Da Silva, becario de la Fundación Guggenheim (1963) y residente de Nueva York en 1968, se aprecia una fascinación por la era del espacio —en vísperas del primer alunizaje. Pero como se sugiere en el título de la obra, en sus pinturas no busca representar un elemento en particular sino que las imágenes que se generan obedecen al mandato de su psiquis al momento de crear.



En su serie de *Maquienigmas*, Alfredo La Placa (Potosí, 1929- La Paz, 2016) ha dejado atrás sus experimentaciones con instrumentos y materiales extra pictóricos inusuales —como la aspiradora, la grava y la arena— para investigar con el óleo directamente sobre el lienzo. En esta serie, el artista va revelando, en cada lienzo, partes de cuerpos que lindan entre lo humano y lo mecánico. Los *Maquienigmas* evidencian el inicio de un giro definitivo hacia una técnica depurada en la que adquieren gran relevancia el detalle, las texturas y las transparencias, para convertirse, en última instancia, en el sello de la abstracción sui generis del artista.



Abstracto de María Esther Ballivián (La Paz, 1927-1977), de la colección del Museo Nacional de Arte, es una acuarela con una potente y austera estética lograda en base a una misma forma, volúmenes similares y pocos colores (tonos de grises). Tiene una relación con el óleo de su serie de bodegones con el que ganó el Gran Premio del Salón Pedro Domingo Murillo en 1965. La soberbia estética es producto del trabajo en estadias de estudio en Santiago de Chile, París y Río de Janeiro.



En *Ecce homo*, Gil Imaná (Sucre, 1933) establece una analogía entre la figura de Cristo y el Che Guevara, cuyo diario y repercusiones de su captura y asesinato ocuparon gran espacio de las noticias de 1968. Se trata de una obra emblemática, no solo por el tema sino porque representa una de las vetas menos conocidas del artista: el trabajo con elementos encontrados (*objets trouvés*) para la conformación, en este caso, de un ensamblaje con chatarra. El historiador de arte José de Mesa considera a *Ecce homo* como “la obra maestra y cumbre” de Imaná y “como uno de los hitos artísticos del arte nacional”.



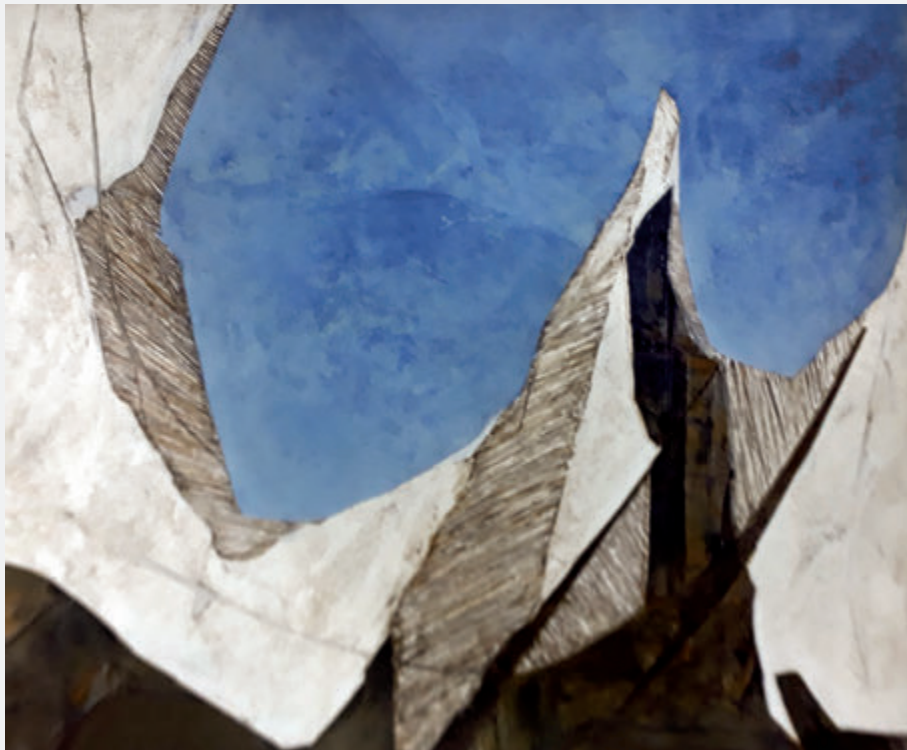
En *Niño muerto*, parte de la colección del Museo Nacional de Arte, Humberto Jaimes Zuna (Oruro, 1925-1975) manifiesta con una figuración expresiva y una oscura paleta su rechazo a la violencia bélica y, en particular, a las trágicas noticias sobre la Guerra de Vietnam que ocupaban los titulares de los periódicos locales en 1968. Jaimes Zuna, también poeta y fundador del capítulo de Gesta Bárbara de Oruro, ganaría el Gran Premio del Salón Pedro Domingo Murillo en 1970 con un óleo de temática similar titulado *La Niña de Vietnam*.



En las mujeres y el corral, de la colección del Museo Nacional de Arte, Gil Imaná propone una composición inspirada en lo prehispánico en figuras que, en su particular esquematización, recuerdan a los monolitos tiwanacotas. Sus mantas con diseños y símbolos andinos (con la cruz cuadrada) y la particular concepción del espacio de la superficie cumplen una función similar: contribuir a la creación de una estética propia nacional. Ésta se materializa en esta pintura, por ejemplo, en la división del espacio en cuatro y la representación de dos puntos de vista simultáneos: por un lado, figuras de frente a la mirada del espectador y, por otro, animales del corral desde una perspectiva cenital. El mundo indígena y la reivindicación de su situación de exclusión ha sido uno de los principales motivos de la pintura de Imaná, uno de los fundadores del Grupo Anteo y uno de los mayores representantes de la tendencia social post Revolución Nacional.



Los cuatro ponchos, de Luis Zilveti (La Paz, 1941), parte de la colección del Museo Nacional de Arte, alude al mundo indígena de una manera esquemática propia del estilo particular de su pintura de la época —como se puede apreciar, por ejemplo, en *Las Casas y el sol* y *Kilómetro 4*, obras con las cuales obtuvo el Gran Premio del Salón Pedro Domingo Murillo en 1964 y en 1969 respectivamente. La esquematización de la forma en cuadrados y óvalos, y el sobrio colorido marcan un estilo propio, a la vez que un alejamiento de los clichés de la representación indigenista y arte folklórico. Esta pintura fue, probablemente, parte de la muestra que presentó en el Museo a su retorno de París, tras la conclusión de su estadía en esa ciudad, gracias a una beca de la Fundación Patiño para estudiar pintura.



Centinela, de María Luisa Pacheco (La Paz, 1919- Nueva York, 1982), representa el inicio de una etapa que se caracteriza por la investigación del paisaje andino que se traduce en composiciones con grandes contrastes, curvas diagonales y luz blanca. En la pintura, el claro delineamiento de las formas, tal como se percibe en la altura, es logrado mediante el contraste de una superficie constituida por elementos extra pictóricos casi imperceptibles (finas placas de madera y arena) que evocan las diferentes texturas de la montaña y un espacio celestial iluminado y diáfano. Pacheco, quien para 1968 ya había estado viviendo más de diez años en Nueva York (donde su talento fue reconocido con la beca Guggenheim durante tres años consecutivos), era una artista madura, con una búsqueda y resultados contundentes y que gozaba de reconocimiento internacional.



Familia, de Fernando Montes (La Paz, 1930- Londres 2007), es una de las primeras obras con un tema que ocupará sus lienzos en las siguientes décadas: la simbiosis de los habitantes del altiplano con la naturaleza. Esta búsqueda se manifiesta, con la aplicación de témpera al huevo sobre paneles especialmente preparados, en la configuración de figuras de color tierra que cumplen las veces de paisaje pétreo y montañoso, en contraste con fondos blancos en los que se refleja la blanca luz del altiplano. Radicado en Londres desde 1960, este nuevo tema surge en la pintura de Montes al regreso de un viaje a Bolivia en el que se encuentra con la luz blanca y el paisaje andino. Al respecto, afirmaba “No hay duda de que en los Andes se siente el espíritu de la tierra y entre la población indígena este espíritu está muy vivo”.